

¿Quién mató al coronel?

(Pieza en un acto más prólogo)

Zamacuco

Personajes

En la pieza intervienen veinte personajes (14 masculinos y 6 femeninos). Sin embargo, su representación requiere solamente tres actores (H) y dos actrices (M).

H1 Este actor representará:

- Coronel Vega
- El obispo
- Soldado 1
- Ujier del juzgado
- El indio

H2 Este actor representará:

- Escandón
- Emilio Valdivieso
- Tocho Hidrobo
- El carcelero
- El cura

H3 Este actor representará:

- Coronel Páez
- El amo
- El juez
- Culi-Bronce

M1 Esta actriz representará:

- La Muerte
- Marieta de Veintimilla
- Etelvina
- Dolores Quinde

M2 Esta actriz representará:

- María Teresa Toral
- La beata

Prólogo

Antes de levantarse el telón se deberá apagar las luces para que la sala quede a oscuras. Los actores 1, 2 y 3 ingresarán furtivamente y se ubicarán en el proscenio. Allí se tenderán al piso y fingirán dormir. Se escuchará entonces el cántico de pájaros y el aleteo de algunas aves silvestres.

Los actores están sucios, sus ponchos rasgados y sus alpargatas cubiertas de fango. Duermen, pero no sueltan sus malincher ni sus mausser.

Entra la Muerte, en un caballo blanco.

La Muerte.- Guerra de zapateros, de hojalateros, de carpinteros. Guerra de sombrereras, de verduleras, de putas trasnochadas... El pueblo en armas se levanta y sucumbe... (*Mira en derredor*) ¡Qué hermoso espectáculo! ¡Cientos de cuerpos inertes, engalanados de roja sangre. ¡A pelear! ¡A pelear mis valientes! ¡Hundan sus bayonetas hasta el fondo, en los vientres tibios de sus feroces enemigos! ¡Qué festín me he dado! ¡A la carga, coronel Vega! ¡Toque diana! ¡Los menesterosos de Cuenca le han elevado hasta las nubes! ¡He colocado una corona de laureles en su frente! Ahora le toca a usted, coronel Vega. ¡Avance hasta Quito! ¡Esta es su oportunidad! ¡No tocaré un pelo a sus hombres! Además... ¿quién quiere esa roñosa turba? ¿Qué haría yo con esa canalla abyecta, impúdica, sinuosa, motejadora, criminosa y osada? ¡Avance por los cerros, coronel, con su ejército pata al suelo, con su chusma de ganapanes, de mendicantes, de frailes y sacristanes! ¡Avance, coronel Vega! ¡Aproveche su hora de triunfos!

Sale la Muerte en su caballo blanco. La sombra de la muerte se proyecta larga y negra y el ruido metálico de los cascos de su caballo rompen la quietud de la fría mañana.

Soldado 1.- ¡Carajo! ¡Qué frío para cabal!. ¡Cabal! ¡La gran... puta! ¿Escucharon? Parecía el galope de un caballo de hielo... ¿Era un caballo de hielo?

Algunas codornices perdidas revolotean sobre las copas de los árboles y su cántico alegre restablece el equilibrio.

Tocho Hidrobo.- ¡Deja dormir, pendejo! ¡Caballo de hielo! ¡Ver para creer! ¡Te has quejado toda la noche!

Culi-Bronce.- ¿Dormir? ¿A esto le llama dormir, compadre Tocho? (*Se incorpora, a medias y señala hacia el cielo*). Es hora de levantarse. Son las cinco de la mañana.

Soldado 1.- ¡Cabal! ¡La gran... puta! ¡Cabal! ¿Y cómo sabes que son las cinco de la mañana? Todo está oscuro... ¿No está?

Culi-Bronce.- ¿Y no estás escuchando a las codornices? Las codornices cantan a las cinco de la mañana.

Tocho Hidrobo.- ¡Hey, Culi-Bronce! ¿No eres tú zapatero de profesión? ¡Qué pendejada! Dime, entonces... cómo sabes que las codornices cantan a las cinco de la mañana.

Culi-Bronce.- ¡Porque cantan, compadre! ¡Escucha, Tocho! ¡Presta atención! ¿No oyes el canto de las codornices?

Soldado 1.- (*Se incorpora, a medias*). ¡Y qué frío del putas! Y la garúa cabal que no cesa de lamernos el culo con su asquerosa lengua... (*Al escuchar la palabra "culo" reacciona malamente el Culi-Bronce y le apunta con su malincher*). ¡Tranquilo, Culi-Bronce! ¡Cabal, cabalito que no es contigo! (*Pausa. Disminuye la tensión entre los hombres*). ¿Alguien tiene un cigarrillo?

El Culi-Bronce se incorpora y le lanza una cajetilla de cigarrillos de envolver y una caja de fósforos al Soldado 1. Éste enciende dos cigarrillos y los pasa a sus compañeros, luego prepara otro para sí mismo.

La luz va acorralando poco a poco a la reinante oscuridad.

Soldado 1.- ¿Y entonces? ¡La gran... puta! Apuesto, cabal, una de Mallorca: ¡También ustedes son del austro! ¿Son del Sur?

Culi-Bronce.- Yo soy cuencano, compadre. ¡A mucha honra!

Tocho-Hidrobo.- Yo nací en el Cañar, pero vivo en Cuenca como buen pendejo. Allí tengo mi negocito. Soy hojalatero... y de los buenos...

Soldado 1.- (*Al Culi-Bronce*) ¿Y tú, a qué te dedicas, cuando no andas echando tiros?

Culi-Bronce.- Yo soy zapatero.

Soldado 1.- Yo vengo desde Alausí, la tierra de los panaderos cabales.

Tocho Hidrobo.- (*Se incorpora, a medias*). ¿Dónde carajo estamos?

Culi-Bronce.- ¡Qué! ¿No lo sabes? ¡El gran Tocho Hidrobo no lo sabe! Estamos en el páramo, compadre.

Tocho Hidrobo.- En el páramo, claro... pendejos... pero ¿dónde? ¿En qué maldito páramo?

Culi-Bronce.- En el mismísimo Chimborazo, compadre.

Tocho Hidrobo.- ¿Entonces... estamos cerca de Riobamba?

Culi-Bronce.- (*Se pone de pie*). ¡Levántate, Tocho! ¡Ves allá! ¡Allá abajo! ¿Alcanzas a divisar esos techos rojos entre la neblina? ¡Esa es Riobamba! Y un poco más allá... un poco más arriba... Quito, la capital... y sentado en el palacio de gobierno... el indio Alfaro al que debemos derrocar.

Soldado 1.- ¡Qué Quito ni qué Alfaro! ¡La gran... puta! Ya me cansé de esta huevada... Cuando nos reclutaron nos prometieron harta plata... Habrá saqueo libre, dijeron... y con suerte hasta hembras... ¿Y? ¿Y qué nos han dado? Yo me regreso a Cuenca... ¡Cabal que me regreso!

Culi-Bronce.- ¿Regresar, compadre? ¿No somos acaso soldados leales? ¿No somos soldados victoriosos? ¿No luchamos en Pangor y en Tanquis? ¿No vencimos a los malditos liberales hijos del demonio? ¿Qué dirían de mí en Cuenca? El Culi-Bronce ha huido como un cobarde. ¿Qué dirían de ti, Tocho?

Tocho Hidrobo.- ¿Cómo, pendejo? Vinimos a dar una mano y cumplimos... como verracos...

Soldado 1.- Sí, cumplimos... ¡Cumplimos a cabalidad! ¡La gran... puta! Con este *malincher* he volteado unos cuantos herejes. Dios sabe cuántos liberales he mandado al infierno... Yo he perdido ya la cuenta... Pero no podemos pasarnos la vida peleando y peleando... con la barriga vacía... cuando en Cuenca tenemos de todo... ¿Usted no es casado, amigo?

Se escucha el metálico sonido de una corneta. Los hombres se quedan estáticos, atentos.

Culi-Bronce.- ¡Están tocando diana, compadres! ¡Nos llaman! ¡Vámonos!

Tocho Hidrobo.- ¡Ven con nosotros, Culi! ¡Nada sacamos de estas pendejas guerras!

Culi-Bronce.- ¿Y abandonar a mi coronel Vega? Este culo de bronce no se mueve de aquí. ¡Ningún voluntario de la columna Vega desertará jamás! ¡Vayan ustedes, compadritos! ¡Yo me quedo!

El Tocho Hidrobo y el Soldado 1 abandonan la sala. Huyen hacia la izquierda, agazapándose, ocultándose detrás de los altos pajonales. El Culi-Bronce sale por la derecha.

Acto único

Se levanta el telón. Hay plena luz. Es una tarde espléndida. El azul purísimo del cielo nos impide pensar en lo efímero de la vida. Ningún actor se halla en el escenario.

En el escenario se distinguen los siguientes espacios: la plaza central, donde se colocará el busto del coronel, una vez que haya sido declarado héroe de la ciudad; la casa del coronel, con su puerta de entrada y su balcón en la segunda planta; la calle Santander, que desembocará en la esquina de Garrido, lugar en el cual caerá mortalmente herido el coronel Vega; el tribunal, con los bancos en los cuales se sentarán los testigos para rendir sus declaraciones; y la iglesia con su púlpito exterior.



Perchas o percheros de pie, convenientemente ubicados, permiten apreciar las prendas que utilizarán los actores para caracterizar a los diferentes personajes. Los cambios de vestuario se harán directamente frente al público. Los actores se ayudarán mutuamente en estos menesteres.

Escena 1

Se arma el estrado

Entran las dos actrices y los Actores 1 y 2.

Actriz 1.- ¿No deberían ocuparse de todo esto los carpinteros o los utileros?

Actor 2.- ¿Carpinteros dices? ¿Utileros has nombrado? ¿Qué te crees tú? El presupuesto de un teatro es tan mísero como el de un mendigo. ¡Agradece que te hayan contratado a ti para esta representación!

Actriz 2.- (*Cohibida*) ¿Y dónde colocamos estas tablas?

Actor 1.- Tráelas acá, mujer. Tenemos que armar el estrado.

Actriz 2.- ¿Estrado?

Actriz 1.- ¡Estrado, sí! ¡Estrado! ... (*Con voz burlona*) ¡Sala de tribunal!

Actriz 2.- ¿Entonces se va a representar otra vez la escena del juzgado?

Actor 1.- En eso se sustenta precisamente esta obra. Pásame el martillo y unos clavos.
(*La Actriz 2 le pasa el martillo y la caja de clavos*).

El Actor 1 y el Actor 2 clavan tablas por aquí y por allá. Las actrices traen cosas y ayudan a armar el estrado. Colocan los bancos donde se sentarán los testigos.

Entra el Actor 3, con un libreto en la mano.

Actor 3.- Esta es una obra complicada. Una obra enredada. ¡Qué explotación para bárbara! Me pagan por uno, pero debo representar a varios personajes. Aquí, donde me ven, debo vestirme de oficial y hablar con voz de trueno, debo disfrazarme de amo y rellenarme la barriga con trapos para que la gente crea que he comido hasta hartarme, debo colocarme la toga de juez y luego, el sucio uniforme de un mugroso soldado... Con tanto personaje uno hasta se confunde...

Actor 2.- Vivimos tiempos duros... hay que economizar. El presupuesto de un teatro es tan mísero como el de un mendigo. ¡Agradece que te hayan contratado a ti para esta representación!

Actor 1.- Eso... creo que ya lo dijiste...

Actor 2.- ¿Ya lo dije? ¿Ya lo dije? Sí, claro que lo dije...

La Actriz 2 trae un gran libro y un sombrero.

Actriz 2.- ¿Dónde pongo este mamotreto?

Actor 1.- Cuidado vayas a soltarlo. Ese libro es toda una reliquia. Allí están registrados los nombres de los testigos. Déjalo encima de la mesa del juez.

La Actriz 2 avanza con mucho cuidado y deposita el libraco encima de la mesa, junto a la campanilla y al mazo.

Actriz 2.- ¿Y el sombrero de fieltro?

Actor 1.- Allí, allí, al lado del libro. Cuidado con ese sombrero: es importado desde España. (*Inspecciona el escenario*). Bien, bien. Todo parece estar en orden. Ya podemos marcharnos.

Actriz 2.- ¿Salgo?

Actor 3.- Sí... Salga, salga...

Actriz 2.- Sí... Salgo, salgo...

Hecho esto, abandonan el escenario los Actores 1 y 2 y las dos actrices.

Actor 3.- Con el permiso del culto público, debo vestirme apropiadamente para la siguiente escena.

Escena 2

Primera audiencia

El Actor 3 se dirige al perchero donde se ha colgado la toga y el birrete de juez.

Juez.- ¡Oh... la trascendencia de los símbolos! ¡Oh... la fascinación que los símbolos ejercen! Esta es la toga. Será mi traje exterior, propio para la adusta ceremonia que está por empezar. Esta toga tiene el poder de transformar lo ilegal en legal... lo justo en injusto... la mentira en verdad... ¿A quién se le ha dado tanto poder como a un juez? Y este birrete completa el atuendo. Tiene la virtud de endereza los cerebros o de obnubila el entendimiento, según convenga al juez.

Canturrea mientras se viste.

Juez.- Es tranquila y sin sobresaltos
La glotona vida de un Juez
¿Cómo lo ves? ¿Cómo lo ves?
Nos nutrimos de los asaltos
Somos chicos sin sobresaltos
Nos nutrimos de los estupros.
Qué envidiable y regalada
Qué tranquila y sosegada
La dulce vida de un Juez
¿Cómo lo ves? ¿Cómo lo ves?

Entra apresuradamente la Actriz 2, con una maleta.

Actriz 2.- Señor, señor. Se ha olvidado nuevamente la maleta.

Juez.- ¡Qué torpeza la mía! ¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¡Ya puede retirarse! (*La Actriz 2 no se retira*). Ya puede irse... debemos seguir con la obra...

Actriz 2.- ¿Salgo?

Juez.- Sí... Salga, salga...

Actriz 2.- Sí... Salgo, salgo...

La Actriz 2 se retira. El Actor 3 abre la maleta y saca un muñeco vestido de juez.

Juez.- Su señoría... Bien venido a ésta, su casa.

Acomoda el muñeco en uno de los sillones del estrado.

Juez.- Es un honor para mí trabajar con tan prestigioso magistrado.

Va hacia la maleta y saca un segundo muñeco.

Juez.- ¡Mi querido doctor! ¡Qué gusto me da verle! ¡Aquí está su puesto! No faltaba más... Hombres preclaros como su excelencia dan lustre a los tribunales de la República.

Se sienta en su estrado, en medio de los dos muñecos y toca la campanilla.

Juez.- ¡Silencio! ¡Silencio en la sala! Comienza la audiencia para determinar las causas de la muerte del coronel Antonio Vega Muñoz, acaecida el diez de diciembre de 1906, a eso de las tres de la tarde. La audiencia descubrirá sin duda alguna a los autores, cómplices y encubridores de este nefando suceso. Esto lo puedo decir sin ambages. Aquí entre nos, deben saber ustedes que soy el juez más conspicuo de la región. Ya verán como desconcierto a los testigos. Ya verán como tejo y destejo este asunto según le plazca a mi regalada gana... Y si bien no brillará la verdad, porque eso jamás debe buscar un juez que desee permanecer en su cargo, saldrá de esta sala un veredicto, ajustado exactamente en todos sus puntos a las disposiciones del supremo gobierno. (*Canturrea*). “Es tranquila y sin sobresaltos... la dulce vida de un Juez”. Bien, bien. Volvamos al tema... (*Se coloca unos lentes sobre su nariz y examina el proceso*). Veamos... Este es el proceso. Un tanto confuso, un tanto desorganizado, pero proceso al fin. ¡Y cómo apesta este caso! ¡Puff! (*Se restriega las narices*) Según consta en autos, el mentado coronel Vega era trasladado hasta la ciudad de Cuenca en calidad de prisionero del coronel Páez. Avanzó sin ninguna novedad hasta el sitio conocido con el nombre de El Rollo y al ingresar a la calle Santander para entrar propiamente a la ciudad, frente a la casa popularmente conocida como la esquina de Garrido, cayó al suelo ensangrentado, fulminado por un disparo de arma de fuego en la cabeza. (*Se dirige respetuosamente a los dos muñecos*). Si... en la cabeza, sus excelencias... en la cabeza... (*Aparte*). Parece que sus excelencias han caído en sus ya tradicionales ensueños... (*Con un súbito grito*) ¿Podemos llamar a los testigos? (*Al muñeco de la izquierda que se ha asustado y ha pegado un brinco*) ¡Gracias, gracias su excelencia. (*Al muñeco de la derecha, también con un intempestivo grito*) ¿Y usted qué opina, su excelencia? (*El muñeco se asusta y salta*) ¡Gracias, gracias su excelencia. (*De frente, al público*). Constituido este tribunal de conformidad con las leyes vigentes, llama al primer testigo. (*Toma el gran libro de los testigos y lee el nombre*). ¡Que pase el señor Emilio Valdivieso Ramírez!

Entra el primer testigo. Le acompaña el ujier del juzgado, armado con un garrote.

El ujier.- ¿Le pego con el garrote?

Juez.- ¡No, todavía! ¡Déjale que declare!

El ujier conduce al testigo hasta el banco y le hace sentar a la fuerza.

Juez.- ¡Nombre!

Emilio Valdivieso.- Emilio Valdivieso es mi nombre, señor.

El testigo se ha puesto de pie, para contestar la pregunta del juez.

Juez.- ¡Siéntese! (*Emilio Valdivieso se sienta*). ¿A su juicio, díganos señor Valdivieso, el coronel Vega se suicidó?

Emilio Valdivieso se pone de pie y empieza a responder a la pregunta, en un balbuceo incomprensible.

Emilio Valdivieso.- Br... zas... ju... ja... ta... ta.

Juez.- ¡Siéntese! ¡No entiendo lo que usted está diciendo! (*Emilio Valdivieso se sienta*). Así está mejor. ¡Ahora cálmese! ¿Se suicidó o no se suicidó el coronel? ¡Conteste la pregunta!

Emilio Valdivieso.- (*En voz baja*) Se suicidó, señor.

Juez.- ¡No le escucho! ¡Póngase de pie!

Emilio Valdivieso.- ¡Se suicidó, señor! Se disparó con un revólver. Tomó el arma y la acercó hasta la sien derecha. Con su mano izquierda sostenía el cañón, que se movía de un lado al otro, porque él se bamboleaba de un lado al otro al caminar, como una canoa y la trompetilla de la pistola se movía con él. El coronel levantó la abertura del poncho hacia arriba para no sacar el revólver, para que nadie se dé cuenta de lo que él quería hacer. Yo vi todo, porque iba detrás de él...

Juez.- ¡Está bien! ¡Eso es suficiente! (*Al muñeco de la izquierda*) ¿Desea su excelencia interrogar al testigo? (*Al muñeco de la derecha*) ¿Y su excelencia desea hacerlo? (*Al Emilio Valdivieso*) ¡Bien! ¡Muy bien! Ya ha oído a los señores magistrados! ¡Puede marcharse! (*Al ujier*) ¡Lléveselo!

El ujier.- ¿Ya puedo pegarle con el garrote?

Juez.- Sí, pero no delante del público... Después nos tildan de tiranos...

El ujier toma del brazo a Emilio Valdivieso, le amenaza con su garrote y lo arrastra hasta la salida.

Juez.- (*Al muñeco de la izquierda*). Esto es pan comido, colega. (*Al muñeco de la derecha*). Las cosas marchan sobre ruedas. El ejército nada tiene que ver con esta muerte. El gobierno saldrá muy bien librado de este asunto. (*Al muñeco de la izquierda*) ¿Podemos llamar al segundo testigo? (*Al muñeco de la derecha*) ¿Está de acuerdo su señoría? (*Desde el estrado, lee en el libro el nombre de la testigo*). ¡Que pase la señora Dolores Quinde! (*Toca la campanilla*) ¡He dicho que pase Dolores Quinde!

Se escucha la voz de Dolores Quinde. “¡Suélteme! ¡Déjeme! ¿Qué le pasa pes al chasso este?”. Entra Dolores Quinde, bajándose las polleras, arreglándose la blusa desabotonada.

Dolores Quinde.- ¡Esto es el colmo, señor Juez! El chasso del ujier me ha dado una nalgada y me ha abierto la blusa... (*Entra y se sienta en uno de los bancos, sin dejar de hablar*). Yo soy Dolores Quinde, señor Juez, casada con el Tocho Hidrobo. Mujer respetable, como me ve, no para que me anden sobajando en los juzgados.

Juez.- ¡Profesión!

Dolores Quinde.- ¡Sombrerera, pes! ¡Como todas aquí en Cuenca! ¡Lindos sombreros de paja toquilla tejo! ¿No quiere comprar unito? (*Saca de entre sus polleras un sombrero y lo muestra con orgullo*). ¡Aquí tengo uno, mire que lindura!

Juez.- No, gracias. ¡Prosiga!

Dolores Quinde.- *(Ve el sombrero que usaba el coronel Vega antes de caer herido de muerte. Este sombrero está precisamente sobre la mesa del juez. Se para, lo toma entre sus manos, se lo coloca en la cabeza).* Este es el sombrero de fieltro. Sombrero importado, es. Este es el mismito sombrero. Lo reconozco muy bien, señor Juez. Me han hecho la mar de preguntas sobre este sombrero, señor Juez. Es el mismítico que estaba puesto el coronel cuando le dispararon. ¡Hay que castigar al cholo ujier! ¡Abrase visto tanta falta de respeto! ¡Los follones me levantó por atrás y no me dejaba pasar! *(Continúa con su relato).* Yo miso cogí el sombrero, del suelo. Lo limpié con mi pañolón y lo tuve en mi poder como reliquia santa. Pero cuando vino la señora viuda del coronel tuve, a la fuerza pes, que entregarle la prenda. Cuando agarré el sombrero vide una mancha oscura, aquí, aquí señor Juez *(se señala la sien derecha con la mano).*

Juez.- Esta mujer está complicando las cosas. *(Al ujier).* ¡Ujier! ¡Ujier! ¡Llévesela! ¡Llévesela! ¡No puedo controlar a la testigo!

Ujier.- ¡Vamos preciosa! Ya lo ves... El juez ha dicho que vengas conmigo...

El ujier avanza y toma del brazo a Dolores Quinde. Quiere sacarla a empellones, pero ella continúa hablando hasta ser expulsada del escenario.

Dolores Quinde.- Por diosito, señor Juez... le estoy diciendo la verdad. Como que me llamo Dolores Quinde, natural de Cuenca. La mancha en el sombrero era como de fogonazo, pero yo raspé bien en mi casa para limpiar el sombrero del coronel. Lindo sombrero era, fino, de paño importado.

El ujier manosea de lo lindo a la testigo.

Dolores Quinde.- ¡Dígale, señor Juez a su ujier que tenga más respeto con los testigos... Si más parece que tiene cuatro manos... Tienen que haberle disparado al coronel por sobre su cabeza. El tiro debe haber entrado por el agujero que se puede ver en el ala derecha del sombrero. ¿Cómo pueden decir que se ha suicidado? Ni que uno pudiera poner la pistola así, arriba de la cabeza para dispararse *(Levanta una de las manos y dispara el gatillo de una pistola imaginaria).*

El ujier toma en sus brazos a Dolores Quinde y Desaparece del escenario con su apetecida presa.

Suenan doce campanadas en la torre de alguna iglesia.

Juez.- ¡Las doce! ¡Hora del almuerzo! *(Al muñeco de la izquierda)* ¿Almorzará usted con el gobernador, su señoría? ¡Qué bien! La política... siempre la política... *(Al muñeco de la derecha).* Le entiendo. Ha sido un día agitado su señoría... Un día muy agitado... *(Toca la campana)* ¡Silencio en la sala! ¡Se suspende esta sesión hasta el día de mañana, a las diez de la mañana. *(Toma el mazo y golpea).*

Se apagan las luces. El escenario queda a oscuras.

Escena 3

Tejado y palomas

Las luces vuelven a encenderse. Algunas palomas revolotean en el tejado de la casa del coronel. Se abre violentamente uno de los balcones y sale Etelvina, la criada, con una escopeta.

Etelvina.- Maldita peste. Otra vez la plaga de las palomas... Y cómo ensucian y cómo rompen las tejas. Y la patroncita María Teresa cómo les mimas, cómo les malcría... *(Dispara dos o tres veces, con dirección al tejado)*. Esto les enseñará buenos modales... ¿Qué es eso de andar todo el día con los gritos destemplados? ¡Cu, cucucú, cu, cucucú!

María Teresa.- *(Desde otro de los balcones de la casa)*.- ¡Etelvina! ¡Etelvina!

Etelvina.- ¡Aquí! ¡Aquí estoy, patroncita!

María Teresa.- ¿Qué fue ese ruido? ¿Llega ya triunfante el coronel?

Etelvina.- No, patroncita. La ciudad está abandonada. Nadie camina por las calles...

María Teresa.- ¿Y... entonces... quiénes eran los que disparaban?

Etelvina.- Era yo, patroncita. Era yo, que espantaba a las palomas...

María Teresa.- Etelvina... cuántas veces tengo que decirte... Deja en paz a las avechitas del cielo... Ahora ellas son mi único consuelo. ¿Por qué les disparas? Aquí... aquí *(señala su pecho)* apunta tu arma, pérfida Etelvina.

Etelvina.- Patroncita... no volverá a ocurrir, patroncita María Teresa... Dejaré que esas avechuchas rompan las tejas, dejaré que ensucien toda la casa y armen todo el alboroto que quieran... con tal de verle sonreír.

María Teresa.- Sonreír...

Etelvina.- Sí, sonreír, sonreír. Cuando venga el patroncito Antonio iremos todos a los bosques de Gualaquiza; cogeremos duraznos y toctes y chamburos...

María Teresa.- Y sin embargo... un negro presentimiento se ha apoderado ya de mi alma... Una punzada quebranta mi corazón y sofoca mi aliento... Yo le dije, Etelvina. Le dije que no vaya esta vez... Le dije que no haga tratos con los dos bandos... Le dije: Antonio... cómo se te ocurre que los liberales y los conservadores hayan unido sus fuerzas. No les creas, Antonio. Los liberales y los conservadores son como el agua y el aceite... Jamás unirán sus fuerzas. El único que saldrá perdiendo en todo esto serás tú... Pero él no me hizo caso. “Hay que restablecer el orden” –Me dijo–. “Han roto la constitución”... Etelvina... tengo miedo... siento que esta vez la muerte ronda por esta casa...

Etelvina.- Patroncita... No piense esas cosas... Ya verá como llega el coronel. Ya verá como llega victorioso, como siempre...

María Teresa.- ¡Etelvina! ¡Anda donde el señor cura, tu tío!

Etelvina.- ¿Dónde mi tío cura?

María Teresa.- Sí... que rece, que rece. Dile: “Mi patrona María Teresa Total le pide que celebre una misa por el coronel Antonio...”. Ruégale que organice una santísima procesión... ¡Oh! ¡Oh! *(Lleva sus dos manos al pecho, en señal de dolor)*. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte....

Etelvina.- ¿Qué le pasa, patroncita?

María Teresa.- ¡El caballo! ¡El caballo, Etelvina!

La criada y la patrona entran y cierran las puertas de los balcones.

Las luces se apagan y la sala queda a oscuras.

De pronto, sin previo aviso se escucha a lo lejos disparos de fusilería. Los gritos de soldados rompen la quietud de la tarde: ¡Viva la Mayesquerita! ¡Viva la generala! ¡No dejaremos que tumben al general Veintimilla! Luego de eso, reina el silencio.

La luz de la sala ha vuelto a encenderse.

Escena 4

La mayesquerita

Entran el Actor 3, vestido como amo de hacienda; el Actor 2, vestido como cura de pueblo y la Actriz 1, con su vestido de criada. Los tres avanzan hasta las gradas de ingreso a la plaza y se sientan, de cara al público.

Etelvina.- *(Detrás del cura, le tira de la sotana, para que le haga caso).* ¡Tío, tío!
¿Qué le digo a mi patrona? ¿Qué le digo sobre la misa y sobre los rezos y sobre la procesión?

El cura.- Y dale la burra al trigo. ¿No ves que estamos ocupados, sobrina? Espera un momento... ya habrá tiempo de sobra para eso...

Etelvina.- ¡Tío, tío!

El amo.- Eso fue a comienzos de 1883, mi querido amigo...

El cura.- La estrella nefanda de la dictadura se eclipsaba...

Etelvina.- Ya que me han traído hasta esta plaza, sin que sepa de esto mi patrona... ¿me pueden explicar sus mercedes qué es eso de “la estrella nefanda”? *(Al cura).*
Explíqueme usted, como tío propio de esta su sobrina predilecta.

El cura.- Cosas de hombres, sobrina. Cosas que a ti no te incumben... Hija mía... estamos hablando de Don Ignacio de Veintimilla.

El amo.- Dicen que en Quito la lucha fue tremenda, especialmente el 10 de enero.

El cura.- Sí. Eso fue una verdadera carnicería. Pero todo terminó en la madrugada del 11. Doña Marieta de Veintimilla fue apresada y conducida al Municipio, para que la vigile la guardia integrada por estudiantes. Los jóvenes, admirados por la belleza, la valentía y serenidad de su cautiva le dieron serenata...

El amo.- Ya ve usted, mi doctor. Esos sí que eran tiempos galantes.

Las luces del escenario se apagan. Al encenderse éstas nuevamente se ve a la mujer, al amo y al cura, de pie en la mitad de la plaza. Junto a ellos hay un perchero, del cual

penden algunas piezas de ropa y una espada. Cerca del público, en primer plano, se ha colocado una jaula de hierro, cubierta parcialmente con un paño negro.

El amo.- El coronel era joven, Etelvina. La sangre le hervía en las venas...

Etelvina.- ¿El patroncito? ¿El coronel con una muchacha desnuda? ¿En una cárcel? No. Eso no es posible... ¿Y ustedes quieren que yo entre a esa jaula? ¡Ni que estuviera loca! Yo me marché de aquí. Debe estar buscándome mi patrona...

La criada inicia su salida.

El amo.- ¡Espera! No seas porfiada Etelvina. Mi primo, el *chasso* Federico me lo contó con lujo de detalles. El Federico peleó en Quito con las fuerzas de Antonio Vega. Claro que en esos años él todavía no tenía el grado de coronel... ¿Tú entiendes eso, verdad? ¡El formó parte de los que derrotaron a Veintimilla y apresaron a la generala!

Etelvina.- ¿A la generala?

El amo.- A doña Marieta de Veintimilla...

Etelvina.- Es que no puede ser. ¿Cómo puedo creer una cosa como esas? ¿El coronel? Debe tratarse de un embuste. El patroncito era todo un caballero. ¡Dios mío, debo estar soñando!

El cura.- *(Se levanta y toma de la mano a Etelvina).* ¡Ven, ven acá, sobrina! *(La conduce hasta la jaula).* ¿Ves estas recias rejas? Supón que esa es la cárcel donde habían encerrado a Doña Marieta. Ahora entra tú. *(La obliga a entrar en la jaula).* Ya no serás la sobrina de un humilde cura... serás la encantadora sobrina del general Veintimilla. Has luchado con valor, sí, pero te han derrotado. Estás cansada y sucia. Has peleado por tu tío como una leona... pero te han vencido tus enemigos. Ahora te tienen encerrada en esa inmunda cárcel... *(Risueño, empieza a quitarse la sotana).* No te alarmes Etelvina. Yo solamente seré uno de tus carceleros, ja, ja, ja...

Etelvina.- ¡No, no... títo... por favor! ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Favorézcanme!

El amo.- *(Hacia el foro)* ¡Ya puede entrar usted, coronel!

Entra el coronel Antonio Vega. Viste una nítida guerrera y una gorra militar. Al cinto, su espada. Los negros bigotes prestan adustez al rostro joven.

Entre tanto, el cura se ha quitado su sotana, se viste de carcelero y juega con un manojo de llaves.

Coronel Vega.- ¿Qué son esos gritos? ¿Quién arma tanto alboroto?

Etelvina.- *(Al amo).* Defiéndame usted, patroncito, bonitico. Sáqueme de aquí.

Coronel Vega.- Ah... era usted. ¡Buenas noches, doña Marieta! Discúlpeme por interrumpir su tranquilidad, a estas horas de la noche. Solo quería saber si todo está en orden... Con su permiso, debo retirarme.

Etelvina.- *(Grita).* ¡No puede retirarse! ¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde está mi Títo...? ¿Por qué este hombre me está diciendo Marieta?

El carcelero.- Porque los papeles se han cambiado. Ahora le toca a usted el de doña Marieta. ¿No le paga el director para eso?

Etelvina.- ¿Así? ¿Sin transiciones?

El carcelero.- ¡Sin transiciones!

Marieta.- Está bien... sin transiciones. Ahora debo cambiar el tono de mi voz. Seré Marieta de Veintimilla, la Mayesquerita. (*Con mucha elegancia en el hablar*). ¿Así que el señor Vega, para demostrar su bizarría alguacilesca, ha dado órdenes de registrar las cosas que me mandan mis propios familiares? (*Al carcelero*). ¡A usted le estoy hablando! ¿Está sordo o es débil mental?

Carcelero.- Señora... no se altere usted... La orden de requisa ha sido suspendida.

Marieta.- ¡Suspendida! ¡Haberse visto semejante lisura! ¡Páseme entonces mis pertenencias! (*Empieza a quitarse la ropa, hasta quedar desnuda*).

El carcelero corre hacia el perchero, toma un vestido, un calzonario, un sostén y retorna solícito a la jaula.

Marieta.- (*Recibe la ropa*). Cierren ustedes los ojos, insolentes. ¡Vuelvan la cara a otro lado! ¿No ven que estoy desnuda?

El coronel Vega y el carcelero viran con pudor sus caras, para no mirar el cuerpo de Marieta.

Marieta.- (*Al coronel*). ¿Y usted, señor Vega... a cuál bando pertenece? ¿Es usted un “regenerador” o un “restaurador”...

Coronel Vega.- He peleado por reivindicar el imperio de la Constitución.

Marieta.- ¡Entonces no es liberal!

Coronel Vega.- Lucho y lucharé siempre por la legalidad y el orden.

Marieta.- ¡Un “restaurador”! Ya sabía yo que usted era un “restaurador”. (*Con visible coquetería*). ¿Y cuántos años tiene usted, señor Vega?

Coronel Vega.- Veinte y siete.

Marieta.- Hermosa edad, plena de vigor y fogosidad... Los hombres suelen ser interesantes a su edad... ¿Lo sabía? ¿Es usted fogoso, señor Vega? (*Pausa. Con voz despótica, voz de mando*). Le he formulado una pregunta... ¿va a quedarse callado, sin responder a una dama? (*Pausa*)... Usted, señor Vega, ya puede mirarme, si lo desea... (*Pausa*). ¡Míreme!

El coronel mira, con rubor, la desnudez de Marieta.

Marieta.- ¿Qué le pasa? ¿Por qué se turba? ¿Jamás ha visto una mujer desnuda? ¡Tome usted estas bragas! (*Le lanza un calzonario*). Tome usted estos sostenes (*Le lanza la prenda íntima*). Lleve esas minucias, de mi parte, al general Ezequiel Landázuri, para que acabe de robarme todo lo que a mí me pertenece.

Oscuridad en el escenario.

En la torre de la iglesia las campanas tocan a rebato. Los actores desarman la jaula y dejan libre la plaza.

Escena 5

El púlpito

Marieta y su carcelero han abandonado el escenario.

El coronel se despoja de su uniforme militar y se viste de obispo.

Coronel Vega.- Hemos de despojarnos un día de nuestra piel, como me desprendo ahora de este uniforme, propio para la guerra y para la sangre. (*Avanza hasta la percha donde está el atuendo de obispo*). ¡Oh... el poder de los símbolos! ¡Oh... la magia de los símbolos! Blanco lino, cubierto de encajes y brocados de oropel. Qué distinción, qué oculta nobleza prestas a mi cuerpo. Preciosas galas, santísimas galas, qué influencia ejercen estas galas sobre el ignaro pueblo. Y esta capa de rojo rabioso, cómo otorga a mi rostro el gesto angelical, cómo cambia el timbre de mi voz con esta pesada capa. Cómo se dulcifican mis más profundos pensamientos... de qué manera cambia mi lenguaje... (*Toma la mitra*). Al colocar sobre mi cabeza la mitra, me zambullo con deleite en los misterios sacrosantos del antiguo Egipto. Ahora que he sido ungido, ahora que he sido transformado en vida, tengo el poder de atraer la amable mirada de Dios sobre nuestro combativo ejército... y cuando logremos la victoria... entonces entonaremos un tedeum.

El obispo sube al púlpito y predica a voz en cuello.

Obispo.- Hoy, 30 de marzo de 1887 la justicia ha dejado caer su brazo vengador. Derrotado Vargas Torres, el ateo, por las fuerzas del Coronel Antonio Vega Muñoz, fue apresado y juzgado por la Corte Marcial. Se le condenó a muerte. ¡Requiescat in pace! Se le insinuó pedir el indulto, pero su orgullo lo perdió. ¡Oh Luzbel, tu soberbia te ha traicionado! ¡Hoy han fusilado a Luis Vargas Torres! Ha caído finalmente el masón, en la flor de su juventud. Desde el Perú llegó para sembrar el caos en la República y fue abatido en Loja. Quiso derrocar al gobierno constitucional del Presidente José María Plácido Caamaño pero yace ahora de bruces, los sanguinolentos labios besan el polvo de la tierra. ¡Que nadie le llore! ¡Qué nadie lamente su pérdida! ¡Que los Ullauri, los Peralta, los Valdivieso, los Chica, los Malo y toda la caterva de avezados liberales se santigüen, se confiesen y se mueran... Que levanten en la plaza central el busto del coronel de las victorias.

La luz enfoca el busto del coronel Vega, en el centro de la plaza. Se abre bruscamente el balcón en la casa del coronel. Allí aparece la patrona, con su rostro lívido, desencajado. La luz solamente ilumina a la mujer, el resto queda en penumbra.

María Teresa.- ¡Miente usted, señor obispo! ¡La iglesia incitó esta guerra absurda! ¿Cree que con eso llena mi alma? Me habla usted como si él viviera. ¡Lo mataron! ¿No lo sabe? ¡Los esbirros de Alfaro mataron a mi Antonio! Ahora han organizado una parodia; han instaurado un proceso de títeres para cubrir su crimen con otro más horrendo; quieren convencer al pueblo que mi Antonio se suicidó. ¡Mentira! ¡Esa es otra vil mentira! ¡Él amaba la vida y me amaba más que a nadie en el mundo! ¡Él creía en Dios! Dígame usted ahora, señor obispo, ¿cómo pueden acusar de suicida a un hombre de fe? ¿Y qué hace la iglesia? ¿Qué hace usted? Habla de bustos y de estatuas de piedra! ¡Dígame! ¡Dígame ahora! ¿De qué me sirve esa maldita estatua?

Etelvina aparece junto a su patrona. La abraza.

Etelvina.- ¡Entre! ¡Entre patroncita! Ya no está aquí el señor obispo.

María Teresa.- ¿Ya no está? ¿Y entonces... por qué me llaman? ¿No escuchan cómo me llaman? Gritan con sus voces de ultra tumba: ¡María Teresa! ¡María Teresa Total, viuda de Vega!

Etelvina.- No. No diga esas cosas, patroncita. Ya se fue el señor obispo. Todos se fueron... La casa está sola...

María Teresa.- ¿Y ese olor a velas y sahumerio? ¿Y ese ruido? ¿Y esas voces? ¿Y esas campanas que doblan a muerto?

Etelvina.- Solo son las palomas. Las palomas, patroncita...

Etelvina y la patrona entran a la casa y cierran el balcón. Ahora la luz ilumina nuevamente el púlpito.

Obispo.- Gracias te damos, señor, por enviarnos al coronel de las victorias. ¡El es el caudillo del Partido Conservador Ecuatoriano! ¡Esta es la hora de Cuenca! ¡Es una hora azul! Es el azul de la esperanza... el azul de los conservadores... Que cada hija de María lleve sobre su pecho una cinta azul, el color sacrosanto del cielo... Que cada cuencano lleve sobre su pecho un distintivo azul... ¡Dios y Patria, sean nuestras divisas!

Una bandada de palomas revolotea alrededor de la plaza.

Obispo.- ¡Deben acabar con esa peste! ¡Santa Ana de los cuatro Ríos de Cuenca está infestada de palomas!

Las luces del escenario y de la sala se apagan. Todo queda a oscuras.

Escena 6

La procesión

Se escucha el tropel de un grupo de personas que avanza.

Voz del cura.- (*Canturreando*) ¡Salve salve, Gran Señora!

Voces del amo, el indio, la beata y Etelvina.- (*Canturreando*) ¡Salve poderosa madre!

Voz del cura.- (*Canturreando*) ¡Salve emperatriz del cielo!

Voces del amo, el indio, la beata y Etelvina.- (*Canturreando*) ¡Hija del Eterno Padre!

Desde la calle Santander llegan, en procesión un indio, su amo, una beata, Etelvina y el cura. Todos, menos el cura, llevan velas encendidas. El cura porta una cruz alta.

Entra la procesión. Los hombres y las mujeres avanzan cabizbajos.

El cura.- ¡Del enemigo malo!

El amo, el indio, la beata y Etelvina.- ¡Líbranos, Señor!

El cura.- ¡De los gobiernos despóticos!

El amo, el indio, la beata y Etelvina.- ¡Líbranos, Señor!

El cura.- ¡Del indio Alfaro!

El amo, el indio, la beata y Etelvina.- ¡Líbranos, Señor!

El cura.- ¡Salve, salve, Gran Señora!

El amo, el indio, la beata y Etelvina.- ¡Salve poderosa madre!

La beata.- ¡Que el Señor de los Ejércitos nos ayude en esta guerra!

Etelvina.- ¡Calle usted, señora! ¡Nadie quiere la guerra!

La beata.- ¿No queremos la guerra? Entonces que vengan los masones, que vengan los hijos de Satanás y quemem nuestras iglesias... y violen a nuestras monjas... Ya sabía yo que el famoso coronel Vega nos dejaría plantados... Él no es de los nuestros...

El cura.- ¡Etelvina!

Etelvina.- Sí, títo...

El cura.- No te oigo cantar.

Etelvina.- Estoy cantando, títo.

El cura.- Tenemos que orar, tenemos que cantar en voz alta, sobrina, para que Dios nos oiga, para que Dios se ponga de nuestro lado, para que podamos derrotar al enemigo malo.

Etelvina.- Sí, sí títo... pero la patroncita y... yo no queremos la guerra...

El cura.- ¿Qué dices, sobrina? ¿Pretendes saber más que la santa madre iglesia? ¡Pusilánimes! ¡Abate tu orgullo, sobrina! El propio obispo, nuestro amado pastor, nos pide oración y sacrificio. La patria necesita hoy, más que nunca de nuestras oraciones... Ahora, ven acá. Canta conmigo... (*Canta*) ¡Salve, salve, Gran Señora!

Etelvina.- ¡Salve poderosa madre!

La beata.- ¡Que el Señor de los Ejércitos nos ayude en esta guerra!

Luego de dar la vuelta por la plaza, la procesión sale por donde entró.

Oscuridad total en la sala.

Escena 7

Los salesianos

Al encenderse la luz, el escenario está desierto.

Se abre uno de los balcones de la casa del coronel. Etelvina y su patrona se asoman a mirar la ciudad. Ambas otean el horizonte.

María Teresa.- ¿Es verdad lo que dicen, Etelvina?

La criada.- ¡Mírelo usted misma, patroncita! Desde aquí se divisa el patio de los Salesianos. ¿No ve usted a las mujeres y a los hombres?

María Teresa.- Los veo, sí. Claro que los veo.

La criada.- ¿Qué cree que están haciendo? Rellenan casquillos con pólvora, afilan bayonetas, trabajan para la guerra. Trabajan para el patroncito Antonio.

María Teresa.- ¿Eso hacen?

La criada.- Y allá, donde las monjas... a la izquierda. Sí, allá, al pie de esa torre. Cosen ropa para los soldados del coronel Vega. ¡Todos los conventos están con el patroncito Antonio!

María Teresa.- (*Grita con rabia*) ¿Por qué no dejan las cosas como están? ¿Qué sacan matándose los unos a los otros? Me duele la cabeza... ¿Puedes preparar una infusión de valeriana? Anda, Etelvina. Yo me quedaré un rato más y bajo en seguida.

La criada abandona el balcón.

María Teresa.- Desde este balcón me lanzaba flores. Qué galante era mi Antonio. Qué fino su trato. Desde este balcón me lanzaba en carnaval flores, agua de colonia y polvo de oro. ¡Qué locura, lanzar polvo de oro!

Se escuchan disparos de fusilería y hay arrebato de campanas.

María Teresa.- ¡Otra vez los disparos! ¡Otra vez las escaramuzas! ¿Dónde estás Antonio Vega Muñoz? Todos quieren la guerra. Pero yo te quiero aquí y te quiero vivo. Virgen santa del cielo... no permitas que pase. No lo permitas. Por las noches tengo horribles pesadillas y un caballo de hielo llega trotando hasta mi cama. Yo sé que es la muerte, virgen santa. No permitas que pase. No lo permitas...

Entonces entra la Muerte en su caballo blanco y se pasea campante por la plaza.

María Teresa.- (*Llama hacia dentro, hacia la casa*) ¡Etelvina! ¡Etelvina! ¡Ven rápido, Etelvina! ¡Aquí! ¡Aquí, al pie del balcón! ¡El caballo de hielo! ¡Es el caballo de hielo! ¡No es un sueño! (*A la Muerte*) ¡Deténgase! ¿Quién es usted? ¿A qué ha venido? ¡Deténgase! ¡Etelvina!

La Muerte se aleja lentamente. El ama cae desmayada.

Oscuridad en el escenario.

Escena 8

Escaramuza

Se escuchan tiros de lado y lado. Gritos de gente que lucha, que ataca y se defiende. A intervalos, el tableteo de una metralla estremece el entorno. Los gritos de muerte se multiplican.

Los actores y actrices, unos armados con sus malinches, otros con palos y piedras corren entre el público.

Primero aparece la beata. Ella huye, se cae, se esconde entre el público, busca llegar hasta una iglesia, para protegerse.

La beata.- ¡Jesús, como disparan! ¡Deténganse! ¡Yo solamente soy una pobre vieja que a nadie hace daño!

Entran los dos soldados. La beata, al verlos, se envalentona y amenaza con sus puños al invisible enemigo.

Culi-Bronce.- ¡Que mueran los Alfaros, carajo! ¡Nosotros somos los verdaderos soldados del pueblo!

La beata.- ¡Viva la religión! (A los soldados). ¡Desde allí! ¡Desde allí están disparando! ¡Tengan cuidado!

Tocho Hidrobo.- (Al Culi-Bronce) ¡Cúbrete, pendejo! (A la beata) ¡Cállese la maldita trompa, señora de mierda! ¿No ve que nos delata al enemigo? (Al Culi-Bronce) Son muchos, Culi-Bronce. No podremos contra ellos. ¡Atrás! ¡Atrás!

La beata.- ¿Culi? ¿Culito? (Se santigua) ¡Qué boca la de los soldados!

Se escucha un cañonazo. Una columna de humo se levanta hasta el cielo.

La beata.- ¡Sálvese quien pueda! ¡A las iglesias! ¡Hay que refugiarse en las iglesias! ¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal!

Tocho Hidrobo.- ¡Pendejadas! ¡Puras pendejadas habla la señora! (A la beata) ¿Dónde está el coronel Vega?

La beata.- El coronel ya no es coronel. En Azogues, el pueblo lo nombró general.

Tocho Hidrobo.- (A la beata). ¡Linda pendejada! ¿Lo ha visto o no lo ha visto? ¿Ha visto a mi general Vega?

La beata.- No, no le he visto. ¡Dios nos ampare, otra vez se ha esfumado el coronel! ¡Y claro, como ahora es general ve los toros desde lejos! ¡A las iglesias! ¡Hay que refugiarse en las iglesias!

La beata huye, abandona la sala. Entra Etelvina, avanza con dificultad. Lleva a rastras un muñeco teñido en sangre.

Etelvina.- ¡Virgencita santa! ¡Han herido a este pobre niño! ¡Socorro! ¡Favorézanme! ¡Todavía respira!

Culi-Bronce.- ¡Quítese de en medio, señora!

Tocho Hidrobo.- ¡Ay! ¡Ay! ¡Me dieron! ¡En el brazo! ¡No puedo mover mi mano! ¡Curuchupas hijos de una gran puta!

Culi-Bronce.- Aguanta, Tocho, solo es una rozadura...

El Tocho Hidrobo cae al suelo, al contemplar su propia sangre.

Culi-Bronce.- ¡Levántate Tocho Hidrobo! ¡Te lo ordena tu comandante... y tu compadre del alma!

El Tocho Hidrobo se levanta.

Entra el coronel Vega.

Coronel Vega.- ¡Por acá! ¡Por acá compañeros! ¡No dejen de atacar! ¡Cúbranme!
¡Tenemos que apoderarnos de esa ametralladora!

Etelvina.- ¡Patroncito!

Coronel Vega.- ¿Qué haces aquí Etelvina?

Etelvina.- ¡Este niño está herido, patroncito!

Coronel Vega.- *(Al Culi-Bronce).* Toma ese niño en tus brazos. Sácalo de este infierno.
Anda con él Etelvina.

Culi-Bronce.- Pero mi coronel... ¿Y la ametralladora?

Coronel Vega.- A esa ametralladora la silencio yo solo.

Oscuridad en la sala.

Escena 9

Ante la estatua

El escenario se encuentra vacío, casi en penumbra. Solamente en la mitad de la plaza brilla el busto de piedra. El coronel Vega aparece en el marco de la puerta de su casa. La voz de María Teresa trata inútilmente de retenerlo.

Voz de María Teresa.- ¡Antonio! ¡No te vayas, Antonio! ¿Por qué me atormentas y te atormentas con esos inútiles remordimientos. ¡Deja de pensar! ¡Eres un soldado, no un filósofo! ¿Qué hubiera hecho el pueblo de Cuenca sin ti, Antonio? ¿Qué hubiera hecho?

El coronel Vega avanza lentamente hacia el busto y se para frente a éste.

Coronel Vega.- ¿A quién representa este busto de piedra? La frente despejada; los ojos duros, perdidos en la nada; los labios apretados, secos, sellados en un rictus de tedio o de desprecio. ¿Es este el coronel Antonio Vega Muñoz? ¿Así me ve el pueblo? Vaya espejo de la historia... ¿Y yo? ¿Cómo me veo? ¿Me siento orgulloso del coronel Vega? ¿Me siento orgulloso del guerrero? Contra Veintimilla desenfundé mi espada, a favor de Borrero. Como el viento que sopla en una dirección y luego en otra, he apoyado a Salazar, a Sagasti, a Landázuri y al propio Alfaro contra Veintimilla... y me he vuelto después contra Alfaro y sus titánicos proyectos. Todo esto es verdad. He peleado, sí: ¿No es el Ecuador una tierra infestada de luchas intestinas? Hay que pelear para sobrevivir. He peleado, sí... pero... entonces... por qué no estoy orgulloso de mí mismo? ¿Por qué me carcome la duda? He levantado a mi favor a los más pobres de los pobres. Por mí dejaron el arado, la pala, la lezna el martillo los artesanos de este pueblo. Creyeron en mí. Anhelaban días mejores para sus mujeres y sus hijos. Pero mi espada solo ha servido a los Caamaños, a los Flores Jijón, a los Corderos y a otros tiranuelos. Como un ciego que golpea a la derecha y a la izquierda avanzo... y el pueblo me sigue esperando. ¿No me impulsa acaso mi propia vanidad? ¿No me precipita a las armas mi propia ambición? “Lucho a favor del orden” —me digo a mí mismo—. Lucho a favor de la legitimidad. ¿No

son éstas ideas abstractas y sin vida verdadera? ¡No merezco esta estatua! ¡Nada he hecho por el pueblo! ¡Busquen otro caudillo! ¡Busquen otro caudillo! ¡Vega les abandona para siempre!

Escena 10

Buenas nuevas

Cuando se encienden nuevamente las luces, entran dos hombres y una mujer y se dirigen hacia la casa del coronel.

Una luna redonda como queso brilla en el cielo.

Dolores Quinde.- *(A los dos hombres que llegan con ella).* ¿Están seguros? ¿Es esta la casa?

Tocho Hidrobo.- ¡Claro! ¡No sean tan pendejos! ¿No ve que es la mejor de todas? ¿No ve como ocupa todita la cuadra?

Culi-Bronce.- Adentro dizque tiene como cincuenta patios.

Dolores Quinde.- No sea exagerado, compadre. A lo sumo ha de tener unos siete.

Culi-Bronce.- ¿Siete? ¡Setenta, diría yo, comadre! ¡Mi general Vega se pudre en plata!

Dolores Quinde.- No vayamos a armar escándalo en casa ajena...

Hombre 2.- Por diosito que es la casa. *(Hace una cruz con los dedos y la besa).*

La mujer y los dos hombres golpean la puerta de la casa.

Culi-Bronce.- ¡Abran! ¡Abran la puerta, compadritos!

Se encienden las luces en la casa del coronel. Se abre uno de los balcones y sale la patrona.

María Teresa.- ¿Qué es ese ruido a estas horas de la noche?

Dolores Quinde.- ¡Somos nosotros, señora!

María Teresa.- ¿Y quiénes son ustedes?

Dolores Quinde.- Yo soy Dolores Quinde, la que teje los sombreros, la que vive acá arribita. Este *(Señala al Tocho Hidrobo)* es mi marido, el “Tocho Hidrobo”, hojalatero de profesión y ese que está allá, parado como poste *(Señala al Culi-Bronce)*, es el “Culi-Bronce”, zapatero y de los buenos.

María Teresa.- ¿Y qué tengo yo que ver con tejedoras de sombreros, hojalateros y zapateros, a las once y media de la noche?

Dolores Quinde.- Que todos nosotros peleamos en las filas del coronel Vega.

María Teresa.- ¿Mi marido? Y díganme... ¿cómo está él? ¿Le ha pasado algo? ¿Dónde está?

Tocho Hidrobo.- ¡El coronel Vega ha entrado en Cuenca! ¡Ya llega! ¡Ya está aquí!

Dolores Quinde.- ¡Cuenca es libre! ¡Cuenca es libre! ¡Las fuerzas del coronel han expulsado al enemigo!

Culi-Bronce.- Traemos un draquecito, para festejar el triunfo, comadrita.

María Teresa.- ¡Dios Santo, bendito seas! ¡Pasen! ¡Pasen ustedes! ¡No faltaba más!

Las luces del escenario se apagan nuevamente.

Escena 11

Entrada triunfal

Llega el coronel Vega, en uniforme de gala. Detrás de él van los dos soldados, con tambores de guerra. Los tambores retumban victoriosos.

Desde el balcón de la casa del coronel, Etelevina y María Teresa lanzan flores. El coronel y sus hombres entran por la puerta de la iglesia.

María Teresa.- ¿Viste su cara, Etelevina? Estaba radiante. ¿Viste con qué garbo, con qué elegancia marchaba? Aquí, al pie de este balcón se detuvo. Nos miró y nos sonrió.

Etelevina.- ¡Le mandó un beso volado! ¡Qué galante es el patroncito!

María Teresa.- ¿Sabes qué dijo anoche? Dijo que un guerrero debe ser magnánimo en el triunfo.

Etelevina.- Entonces... ¿No habrá fusilamientos?

María Teresa.- Nada de fusilamientos. Mi Antonio es un hombre de paz. Él —al igual que todos los cuencanos— quiere que reine la concordia en el país. “Lejos de mí la venganza”, dijo. “Solo busco restablecer el orden y la legalidad en la República”.

El obispo sube al púlpito.

Etelevina.- Mire, patroncita. El señor obispo ha subido al púlpito. Va ha hablar...

Las campanas de la iglesia tocan a rebato. El púlpito resplandece, inundado de luz dorada. La penumbra va borrando paulatinamente las figuras estáticas de Etelevina y su patrona.

El obispo.- *(Toma del atril un viejo y voluminoso libro, lo ojea por un momento y lee, en tono declamatorio):* ¡Oculum pro oculo, et dentem pro dente! *(Traduce, para el pueblo).* ¡Ojo por ojo y diente por diente! Estas son las palabras del Dios de los Ejércitos, en el día de su ira. Así lo leemos en Éxodo, XXI, 24. ¡Cómo pesa en mis viejas y débiles manos este voluminoso y sacrosanto libro! ¡Pero más, muchísimo más pesan en mi alma las palabras del Altísimo! *(Cierra el libro y lo coloca en el atril).* ¡Hay de los ateos, hay de los herejes, hay de los masones que levantaron su mano contra la iglesia, contra el propio pontífice y contra su Dios! El ejército de la fe, comandado por nuestro ilustre compatriota el coronel Antonio Vega Muñoz, ha entrado a Cuenca. Llega victorioso en este día para exterminar a los liberales y mi alma se llena de regocijo. Bueno sería que el coronel Vega fusile a los seguidores

del indio Alfaro. Solo así quedaría restablecida la justicia. Bendecimos en esta misa campal a los hombres victoriosos que marcharon al combate cobijados por la bandera de la fe (*Bendice a su lado izquierdo, al centro y a su derecha*). Bendecimos con nuestro más profundo amor al Coronel Vega, a quien el pueblo aclama desde ya, como general de las victorias conservadoras.

Oscuridad total en el escenario.

Escena 12

Desbandada

De repente, a la entrada del teatro, detrás de los espectadores se escucha nítidamente el redoble de tambores. Los gritos y el ruido sordo, inorgánico de la gente que huye en desbandada se convierte en una súbita explosión. Hombres armados, atraviesan de largo a largo el escenario, en desorden, chocando unos con otros, como sombras furtivas.

Culi-Bronce.- ¡Compadritos! ¡Han agarrado al coronel Vega! ¡Dicen que ha estado preparándose para venir nuevamente a tomarse Cuenca. ¡Los hombres de Alfaro andan de casa en casa buscando a los complotados! ¡Tenemos que escondernos!

Dolores Quinde.- ¡Que se acerquen, carajo! ¡Que se acerquen los herejes! ¡Con agua de ají les he de quemar los ojos!

La beata.- ¡Yo ya sabía eso! ¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal! ¡Estamos desprotegidos! ¡No debimos confiar en el coronel Vega! ¡No debimos confiar en él! ¡Dicen que andaba haciendo pacto con los ateos, con los masones, con los demonios... Ha traicionado a Dios y nos traicionó a todos. ¡Dios nos libre! (*Se santigua*). Ya verán como huye y nos deja embarrados a todos...

Tocho Hidrobo.- ¡No es verdad! ¡Mientes vieja mal nacida! ¡Vieja pendeja! ¡El coronel Vega jamás huiría! ¡Jamás ha abandonado a sus hombres! Yo sí. Yo sí le abandoné en los páramos del Chimborazo... pero él... él jamás nos abandonaría...

Culi-Bronce.- (*Señala directamente a la entrada del teatro*). ¡Allá viene! ¡Mírenlo, compadres! ¡Le traen prisionero! ¡Se ha dejado atrapar!

La beata.- ¡Todos a los conventos! ¡Todos a los conventos! ¡Todos a los conventos! (*Sale precipitadamente*).

Dolores Quinde.- (*Mirando incrédula al Soldado 1*). Ojos de lechuza creo que tiene el compadre. ¿Dónde pes? ¿Dónde?

Tocho Hidrobo.- (*Incrédulo*) ¡Ver para creer! (*Se acerca cauteloso al lugar por donde supuestamente llegará el Coronel Vega*) ¡Pendejada! Es él, Dolores. Ya nada se puede hacer...

El Culi-Bronce y el Tocho Hidrobo abandonan discretamente el escenario.

Dolores Quinde.- ¡Tocho! ¿A dónde vas, Tocho? ¡Espera! ¡Ven acá! ¿Dejarás sola a tu mujer? ¡Cobardes! Ahora huyen todos como ratas. Se desbandan como gallinas asustadas. ¿Dónde se esconden los Córdova? ¿No juraron en Ayancay luchar hasta la muerte? ¿Qué ha pasado con el pacto entre conservadores y liberales? ¿Dejarán

entonces que Alfaro nos pise con sus botas el cogote? ¿Para qué carajo sirve entonces la Constitución de la República?

Impera de pronto el silencio más profundo. Reina la oscuridad.

Escena 13

Ayancay

La Muerte deambula entre el público. Avanza erguida en su caballo blanco. Lleva en una mano el reloj de arena y en la otra la guadaña.

La Muerte.- Por ti lloro, María Teresa. Lloro por tu soledad. Las palomas anuncian la inminente tragedia sobre el rojo tejado de tu casa. ¡Despierta, María Teresa! ¡Ha llegado la hora de las lamentaciones! ¿Dónde está tu hombre, preguntas? ¡En Ayancay! Allí se dará la última batalla... Los granos de arena se precipitan raudos. El viejo reloj danza y revoluciona sobre su vientre de cristal. Huye el tiempo y se esconde detrás de las grietas. ¿Y las efímeras victorias? ¿Quién toma nota de las efímeras victorias? (*Consulta su reloj de arena*). Diciembre de mil novecientos seis. Ha llegado diciembre y el año termina abruptamente. (*A su caballo*) ¡Detén tu marcha intrépido caballo de hielo! ¡Gélida es tu marcha! Goza, mientras puedas, de este desolado paisaje. ¿Ves esos campos cubiertos de alfalfa? Son los verdes campos de Ayancay, cubiertos de helado rocío. ¿Ves esas sombras que emergen como fantasmas? Son los hombres de Vega. Mira como le abandonan en bandadas. Todos presienten la derrota. ¿Hueles la pólvora y te encabritas? ¿Bailan tus patas al son de los secos disparos? ¡Huya usted también coronel Vega! ¿No ve que son muchos? ¿No ve que son demasiados? Un enjambre de fanáticos avanza enloquecido... ¿No escucha el sonido metálico de los cascos herrados que hienden las laderas de Ayancay? ¡Que no le atrapen vivo, coronel!

La beata aparece cubierta con su negra manta. Ve a la muerte y se santigua. Huye entre el público, perseguida inexorablemente por la muerte.

La beata.- ¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor! ¡Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal!

La Muerte.- A ti te estaba esperando en este cruce de camino. Ahora jugaremos al gato y al ratón.

La beata.- ¡No! ¡No, a mí! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Deténgase! ¡Yo solamente soy una pobre vieja que a nadie hace daño!

La Muerte.- ¡Oh... la falsedad! ¡Oh... la inutilidad de los símbolos! ¿Dónde están ahora tus escapularios? ¿Cuál es su poder contra la desintegración absoluta? ¿Dónde están tus cintas azules? ¿Dónde tus cruces retorcidas? ¡Solo en mí la certeza! ¡Solo en mí la verdad!

La beata, perseguida por la Muerte, abandona la sala. Detrás de ella sale la Muerte.

Escena 14

Sobre un mulito

Se encienden las luces del salón.

Montado en un incómodo mulito mal ensillado, entra el coronel Vega. Avanza lentamente entre el público, en dirección a las gradas de ingreso a la plaza. A pesar del buen tiempo, va cubierto con un poncho. Un oficial borracho, el coronel Páez, trepado a duras penas en un brioso caballo, va detrás del coronel custodiándole, amenazante, inyectados los ojos en sangre, tenso el fusil, con la bayoneta calada.

El coronel Vega detiene la marcha de su mulito e inspecciona con la mirada el terreno.

Coronel Páez.- ¡No intente ninguna de sus tretas, mi coronel! Conozco sus mañas. Mi general Alfaro está cansado ya de tantos y tantos alzamientos. (*Pausa*). Si usted colabora... el gobierno se mostrará indulgente...

Al llegar a la mitad de la sala, en medio del público, el coronel Vega desmonta de su mulito, visiblemente molesto.

Coronel Vega.- ¿Teme que el pueblo se subleve y me rescate?

Coronel Páez.- No se haga ilusiones, coronel Vega. Jamás la chusma respalda a los vencidos.

Coronel Vega.- ¿Teme que me escape?

Coronel Páez.- Usted es un hombre de honor, coronel Vega. No escaparía como un conejo entre los pajonales. Tuvo muchas oportunidades para escapar, durante el tiroteo. ¿Por qué no lo hizo? Nos habría ahorrado estas molestias.

Coronel Vega.- ¿Y dejar que asesinen a mis hombres? Ordené que levantaran la bandera blanca para proteger a mi gente, no para salvar mi vida. Eso lo sabe usted mejor que nadie.

Coronel Páez.- No sé lo que intenta, coronel. Me está poniendo nervioso su comportamiento. Levante las manos. ¡Quiero que ponga sus manos arriba, apóyelas detrás de la cabeza!

El coronel Vega levanta sus manos y avanza un trecho en esa incómoda posición.

Coronel Vega.- ¡Coronel Páez! ¡Esto es humillante! Soy un oficial del ejército no un facineroso. ¡Yo no doy un paso más en esta clase de jamelgo!

Coronel Páez.- ¡Está bien! Si no quiere montar tendrá que ir a pie, como los demás.

Coronel Vega.- Así lo haré. Caminaré hasta donde pueda, hasta que me canse. Entonces me detendré y no daré un paso más y usted me hará fusilar. Conozco sus intenciones... y las intenciones del gobierno...

Coronel Páez.- Cuide su lengua, coronel Vega. ¡Levante las manos! ¿Cree que es difícil para mí ordenar que lo fusilen? Si me da la gana puedo matarlo yo mismo. Aquí, en Guaguarcucho ¿quién protestaría?

Coronel Vega.- Está usted borracho y no sabe lo que dice.

El coronel Vega sigue a pie y sube las gradas que dan ingreso a la plaza. Da la vuelta y se detiene. Sube a la tarima y se queda inmóvil.

Coronel Vega.- El Jefe Supremo de la República, el general Eloy Alfaro, es un dictador y debe ser derrocado. Únase a la causa de la verdad y de la justicia, coronel Páez. Pase a la historia con honor. ¿Quién es Alfaro, al fin de cuentas? Levantado en armas derrocó a Lizardo García, liberal como él. El general Alfaro ha enfrentado liberales contra liberales y ha roto la Constitución de la República. ¿Debía yo permanecer inactivo en mis bosques de Gualaquiza? No se hagan las ilusiones. Jamás verán tras las rejas al coronel Antonio Vega Muñoz... antes... me pegaría un tiro aquí... aquí entre ceja y ceja...

Coronel Páez.- ¡Que nadie culpe al Viejo Luchador por su muerte, coronel Vega!

Oscuridad total en el escenario.

Escena 15

El disparo

Avanza un tropel, en la penumbra. Nada se distingue. Se escucha solamente el ruido de los cascos de los caballos, el ruido de las botas y de los pies descalzos que avanzan.

Voz del coronel Páez.- ¿Quién ha dispuesto este cielo barruntado de negras nubes?
¿Cuál es la trascendencia de esta marcha para que el propio sol se haya ocultado?
¡Que avancen los prisioneros! ¡Que nada los detenga!

La luz de los relámpagos enceguece por momentos la sala. Retumban los truenos.

Voz del coronel Páez.- ¿Quién ha engalanado la tarde con rayos y centellas?

Voz de un hombre.- ¡Vivo lo traen!

Voz de una mujer.- ¡Miren como lo traen, hecho un Cristo!

Una bandada de palomas irrumpe en la sala.

Voz de un hombre.- ¡Lo van a fusilar! ¡De seguro lo fusilarán antes de entrar a Cuenca!

Voz de una mujer.- ¡No lo fusilarán! ¡Jamás en Cuenca!

Voz del coronel Páez.- ¿Y esas palomas? ¿De dónde han salido esas palomas?

Voz de un hombre.- El coronel Vega ha levantado su brazo izquierdo por encima del poncho. He visto brillar en la oscuridad su mano blanca.

Voz de una mujer.- ¡Sí! ¡Yo también lo he visto! ¡Pero no era su brazo izquierdo! ¡Era su brazo derecho! ¡Lo ha sacado a través del poncho y se ha rascado una oreja!

Voz de un hombre.- ¡No se ha rascado la oreja! ¡Solo quería agarrar al vuelo una paloma!

Voz del coronel Páez.- ¿No hay un soldado patriota que acabe con esas malditas palomas?

Se escucha relinchar nerviosamente algún caballo. El caballo avanza a galope. Un fusil vomita fuego. La lengua de luz emite un chasquido que el eco imita repetidas veces.

El silencio y la oscuridad absoluta imperan en la sala.

Escena 16

Segunda audiencia

Al encenderse las luces se ve al juez, sentado sobre su estrado, en medio de los muñecos-jueces.

Juez.- Reiniciamos la sesión de este tribunal. ¡Silencio! ¡Silencio en la sala! (*Abre el libro de los testigos y llama*). ¡Que pase el testigo Escandón!

Entra el testigo Escandón, custodiado por el ujier.

Juez.- ¡Su nombre!

Escandón.- ¡Escandón!

Juez.- ¡Diga lo que tenga que decir!

Escandón.- Uno de los soldados le disparó al coronel.

Juez.- ¿Usted oyó la detonación. Escuchó el disparo?

Escandón.- Sí. Lo escuché. Lo escuché claramente, señor Juez.

Juez.- ¿Vio usted el fogonazo?

Escandón.- No.

Juez.- Puede retirarse.

Escandón.- (*Mientras el ujier le conduce hacia la salida*). El coronel no se suicidó. Uno de los soldados le disparó. El aire se puso tenso. Supe de inmediato que algo malo iba a pasar. Entonces vi llegar al soldado, como salido de la nada. Llegaba al trotecito sobre su caballo. Para evitar que me atropelle levanté mis ojos y pude mirar su cara. Entonces sonó el disparo. Uno de los soldados le disparó. Fue uno de los soldados...

El Juez lee el nombre de otro testigo.

Juez.- ¡Dejen pasar al testigo Jara!

Entra el ujier. Está lívido.

Ujier.- ¡Su señoría! ¡Llega en un caballo, su señoría!

Juez.- (*Al ujier*). ¿Dónde está el testigo Jara?

Ujier.- No lo sé, su señoría. El caballo, su señoría. Un caballo de hielo.

Entra la Muerte, montada sobre su caballo blanco. En su mano derecha porta un rifle.

Juez.- ¿Qué es esto? ¿Cómo dejan entrar al juzgado una mujer a caballo? ¿Cómo dejan entrar una mujer armada?

Ujier.- No lo hemos podido evitar, señor. No lo hemos podido evitar.

La Muerte continúa montada sobre su caballo, desplazándose de un lado a otro del escenario mientras habla.

La Muerte.- No le había llegado su hora. Pertenecía a la estirpe de los guerreros sin tiempo.

Juez.- *(Al ujier).* ¿Quién es esta mujer? ¿Para qué ha venido hasta este tribunal? Nadie la ha llamado...

La Muerte.- A caballo. Así iba el que lo mató. Con un rifle en su mano derecha. Dominaba bien a la robusta bestia. Era un mestizo. Hay que temblar de los mestizos. Avanzó hasta la acequia que cruza mansa y fresca, como si estuviera dormida. Su caballo era pequeño, un caballo enano de un metro de alzada o quizá un poco más. Vi sus malditos ojos enrojecidos por el odio. Ahora puede ver usted, señor Juez esos mismos ojos, a través de mis cuencas vacías. Casi no tiró de las riendas para frenar su caballo. Lo condujo al trotecito y avanzó. Colocó el rifle sobre el pico de la montura y casi ni apuntó. *(Suena un disparo. El Juez se asusta y luego se toca la cabeza, para comprobar que no está herido).* ¡Qué puntería la del chasso! Desde la izquierda le disparó. Después terció el rifle sobre su hombro izquierdo y se fue tan campante como había venido.

La Muerte afloja las riendas de su caballo y sale del escenario al trotecito.

Telón

Distribución de escenas y actores					
	Actores			Actrices	
	H1	H2	H3	M1	M2
Prólogo					
La Muerte				x	
Soldado 1	x				
Tocho Hidrobo		x			
Culi-Bronce			x		
1.- Se arma el estrado					
Actriz 1				x	
Actriz 2					x
Actor 1	x				
Actor 2		x			
Actor 3			x		
2.- Primera audiencia					
Juez			x		
Actriz 2					x
Ujier	x				
Emilio Valdivieso		x			
Dolores Quinde				x	
3.- Tejado y palomas					
Etelvina				x	
María Teresa					x

	Actores			Actrices	
	H1	H2	H3	M1	M2
4.- La mayesquerita					
Etelvina				x	
Marieta				x	
El cura		x			
El carcelero		x			
El amo			x		
Coronel Vega	x				
5.- El púlpito					
El obispo	x				
María Teresa					x
Etelvina				x	
6.- La procesión					
El cura		x			
El amo			x		
El indio	x				
Etelvina				x	
La beata					x
7.- Los salesianos					
María Teresa					x
Etelvina				x	
La Muerte				x	

	Actores			Actrices	
	H1	H2	H3	M1	M2
8.- Escaramuza					
La beata					x
Etelvina				x	
Tocho Hidrobo		x			
Culi-Bronce			x		
Coronel Vega	x				
9.- Ante la estatua					
Voz de María Teresa					x
Coronel Vega	x				
10.- Buenas nuevas					
Dolores Quinde				x	
María Teresa					x
Tocho Hidrobo		x			
Culi-Bronce			x		
11.- Entrada triunfal					
Coronel Vega	x				
Tocho Hidrobo		x			
Culi-Bronce			x		
Etelvina				x	
María Teresa					x
El obispo	x				

	Actores			Actrices	
	H1	H2	H3	M1	M2
12.- Desbandada					
Dolores Quinde				x	
La beata					x
Tocho Hidrobo		x			
Culi-Bronce			x		
13.- Ayancay					
La muerte				x	
La beata					x
14.- Sobre un mulito					
Coronel Vega	x				
Coronel Páez			x		
15.- El disparo					
Voz del coronel Páez			x		
Voz de hombre		x			
Voz de mujer					x
16.- Audiencia final					
Juez			x		
Escandón		x			
Ujier	x				
La Muerte				x	